

O. Henry

La Puerta Verde



E LEJANDRIA

O. Henry

La Puerta Verde



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA PUERTA VERDE

O. HENRY

**PUBLICADO: 1906
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA PUERTA VERDE

Suponga usted que pasea por Broadway después de cenar, con diez minutos asignados al deleite de su cigarro mientras decide entre una entretenida tragedia y algo más serio en materia de vodevil. De pronto una mano se posa sobre su brazo. Usted se vuelve y se encuentra con los ojos fascinantes de una hermosa mujer, espléndida de diamantes y martas cibelinas rusas. Ella le encaja apresuradamente en la mano un bollo de mantequilla bien caliente, saca unas tijeras diminutas, le corta de un tijeretazo el segundo botón del abrigo, espeta significativamente —¡paralelogramo!— y huye veloz por una calle transversal, mirando hacia atrás con espanto.

Eso sería aventura pura. ¿La aceptaría usted? En modo alguno. Se ruboriza de vergüenza, suelta el bollo avergonzado y sigue por Broadway tratando de palpar torpemente el botón que falta. Eso haría usted, a menos que sea uno de los pocos bienaventurados en quienes el espíritu puro de la aventura no ha muerto.

Los auténticos aventureros jamás han abundado. Quienes aparecen catalogados como tales en las páginas impresas han sido, en su mayoría, hombres de negocios provistos de métodos recién inventados. Fueron tras las cosas que deseaban: vellocinos de oro, santos griaes, amadas, tesoros, coronas y gloria. El verdadero aventurero sale al mundo sin rumbo ni cálculo alguno para dar la cara a un destino desconocido. Un buen ejemplo fue el Hijo Pródigo... cuando emprendió el camino de vuelta a casa.

Los medio aventureros —figuras valientes y esplendorosas— han sido numerosos. Desde las Cruzadas hasta los Palisades han enriquecido el arte de la historia y la ficción, y el comercio de la ficción histórica. Pero cada uno de ellos tenía un premio que ganar, una meta que alcanzar, un interés que defender, una carrera que correr, una nueva estocada en tercia que asestar, un nombre que grabar, una cuenta que saldar; así que no eran seguidores de la aventura verdadera.

En la gran ciudad los gemelos espíritus del Romance y la Aventura vagan siempre en busca de pretendientes dignos. Mientras recorremos las calles, nos espían con disimulo y nos desafían bajo veinte disfraces distintos. Sin saber por qué, alzamos de pronto la mirada para ver en una ventana un rostro que parece pertenecer a nuestra galería de retratos íntimos; en una calzada adormecida oímos un grito de agonía y de miedo que brota de una casa vacía y con las contraventanas echadas; en lugar de dejarnos ante el bordillo de siempre, un cochero nos deposita frente a una puerta desconocida que alguien, sonriendo, nos abre e invita a traspasar; un papel escrito revolotea hasta nuestros pies desde las altas celosías del Azar; cruzamos miradas de odio instantáneo, afecto y miedo con desconocidos que pasan apresurados entre la multitud; un aguacero repentino puede hacer que nuestro paraguas cobije a la hija de la Luna Llena y prima hermana del Sistema Sidéreo; en cada esquina caen pañuelos, se agitan dedos que nos llaman, ojos que nos sitian, y las pistas perdidas, solitarias, arrebatadas, misteriosas, peligrosas y cambiantes de la aventura nos resbalan entre los dedos. Pero pocos de nosotros estamos dispuestos a sostenerlas y seguirlas. Nos hemos agarrotado por culpa de la baqueta de la convención que llevamos en la espalda. Seguimos adelante; y algún día llegamos, al término de una vida muy sosa, a reflexionar que nuestro romance ha sido una cosa pálida hecha de uno o dos matrimonios, una escarapela de satén guardada en un cajón de caja fuerte, y un pleito de por vida con un radiador de vapor.

Rudolf Steiner era un auténtico aventurero. Pocas eran las noches en que no salía de su cuarto de alquiler en busca de lo inesperado y

de lo insólito. Lo más interesante de la vida le parecía lo que pudiera aguardar a la vuelta de la esquina siguiente. A veces su inclinación a tentar a la suerte le llevaba por sendas extrañas. En dos ocasiones había pasado la noche en un calabozo; una y otra vez se había hallado víctima de tramposos ingeniosos y mercenarios; su reloj y su dinero habían sido el precio de un seductor cebo. Pero con ardor inquebrantable recogía cada guante que le arrojaban a la alegre liza de la aventura.

Una tarde Rudolf paseaba por una calle transversal en la parte central y más antigua de la ciudad. Dos corrientes de gente llenaban las aceras: los que corrían a casa, y esa legión inquieta que abandona el hogar por la falsa bienvenida de la *table d'hôte* de mil bujías.

El joven aventurero tenía una presencia agradable y caminaba con serenidad y atención. A la luz del día era vendedor en una tienda de pianos. Llevaba la corbata pasada por un anillo de topacio en lugar de sujeta con un alfiler; y en cierta ocasión había escrito al director de una revista que *Junie's Love Test*, de la señorita Libbey, era el libro que más había influido en su vida.

Durante su paseo, el repiquetear violento de dientes en una vitrina de la acera pareció, en un primer momento, atraer su atención —con cierta aprensión— hacia un restaurante ante el que estaba colocada; pero una segunda ojeada descubrió las letras eléctricas del letrero de un dentista bien alto sobre la puerta contigua. Un negro gigantesco, ataviado de la forma más estrafalaria con un casacón rojo bordado, pantalones amarillos y gorra militar, distribuía tarjetas con discreción entre los transeúntes que consentían en aceptarlas.

Aquel método de publicidad odontológica era algo que Rudolf veía a menudo. Por lo general pasaba junto al repartidor de tarjetas sin mermar sus existencias; pero aquella noche el africano le deslizó una en la mano con tal habilidad que la retuvo en ella, sonriendo levemente ante la destreza consumada.

Cuando hubo avanzado unos metros, echó una ojeada indiferente a la tarjeta. Sorprendido, le dio la vuelta y miró de nuevo con interés. Una cara de la tarjeta estaba en blanco; en la otra había escritas a tinta tres palabras: «La puerta verde». Y entonces Rudolf vio, a tres pasos por delante de él, a un hombre que arrojaba al suelo la tarjeta que le había dado el negro al pasar. Rudolf la recogió. Estaba impresa con el nombre y la dirección del dentista y el habitual anuncio de «prótesis» y «puentes» y «coronas», junto con falaces promesas de operaciones «indoloras».

El aventurero vendedor de pianos se detuvo en la esquina y reflexionó. Luego cruzó la calle, avanzó una manzana, volvió a cruzar y se incorporó de nuevo a la corriente ascendente de transeúntes. Sin aparentar que notaba al negro cuando pasó por segunda vez, tomó con descuido la tarjeta que le tendía. Diez pasos más allá la examinó. Con la misma letra que aparecía en la primera tarjeta, «La puerta verde» estaba inscrita en ella. Tres o cuatro tarjetas fueron arrojadas al pavimento por viandantes que le precedían y le seguían. Cayeron con la cara en blanco hacia arriba. Rudolf las fue dando la vuelta. Todas llevaban la leyenda impresa de las «consultas» dentales.

Rara vez necesitaba la traviesa hada Aventura llamar dos veces a Rudolf Steiner, su fiel seguidor. Pero dos veces lo había hecho, y la búsqueda estaba en marcha.

Rudolf regresó despacio hasta donde el negro gigante estaba junto a la vitrina de los dientes repiqueteantes. Esta vez, al pasar, no recibió ninguna tarjeta. Pese a su atuendo llamativo y ridículo, el etíope exhibía una dignidad bárbara y natural mientras estaba de pie, ofreciendo las tarjetas con suavidad a unos, dejando pasar a otros sin molestarlos. Cada medio minuto entonaba una frase áspera e ininteligible, próxima al parloteo de los revisores de tranvía y de la ópera. Y no solo le negó esta vez una tarjeta, sino que a Rudolf le pareció recibir del brillante y macizo rostro negro una mirada de fría, casi desdeñosa, altivez.

La mirada hirió al aventurero. Leyó en ella una acusación silenciosa: había sido hallado en falta. Cualesquiera que fueran las misteriosas palabras escritas en las tarjetas, el negro le había escogido dos veces entre la multitud para entregárselas; y ahora parecía haberle condenado por carecer del ingenio y el ánimo necesarios para enfrentarse al enigma.

Apartándose del flujo de transeúntes, el joven hizo un rápido cálculo del edificio en el que suponía que debía aguardarle su aventura. Se alzaba cinco pisos. Un pequeño restaurante ocupaba el sótano.

La planta primera, cerrada a esa hora, parecía albergar sombrererías o pielerías. La segunda planta, según revelaban las parpadeantes letras eléctricas, era la del dentista. Más arriba, un babel políglota de letreros pugnaba por indicar las moradas de quiromantes, modistas, músicos y médicos. Más arriba aún, cortinas drapeadas y botellas de leche blancas en los alféizares proclamaban los dominios de la vida doméstica.

Concluido su reconocimiento, Rudolf subió con brío los largos peldaños de piedra hasta la entrada del edificio. Siguió por dos tramos de escalera enmoquetada; y en lo alto se detuvo. El pasillo estaba débilmente iluminado por dos pálidos mecheros de gas: uno a su derecha, a lo lejos, y el otro más próximo, a su izquierda. Miró hacia la luz más cercana y vio, dentro de su tenue halo, una puerta verde. Vaciló un instante; luego creyó ver la mueca burlona y desdeñosa del malabarista africano de tarjetas; y entonces caminó directamente hacia la puerta verde y llamó.

Momentos como los que transcurrieron antes de que alguien respondiera a su llamada miden la respiración entrecortada de la aventura verdadera. ¡Qué no podría haber detrás de aquellos paneles verdes! Jugadores en plena partida; bribones astutos tendiendo sus trampas con sutil pericia; la belleza enamorada del valor y tramando, así, ser conquistada por él; el peligro, la muerte, el amor, el desengaño, el ridículo: cualquiera de estos podría haber respondido a aquel temerario aldabonazo.

Se oyó un leve roce dentro, y la puerta se abrió despacio. Una muchacha de menos de veinte años estaba allí, pálida y tambaleante. Soltó el pomo y se tambaleó débilmente, tanteando con una mano. Rudolf la sostuvo y la tendió en un desgastado canapé arrimado a la pared. Cerró la puerta y echó un vistazo rápido a la habitación a la luz de un mechero de gas que parpadeaba. Pulcra, pero de una pobreza extrema: eso era lo que contaba.

La muchacha yacía inmóvil, como desmayada. Rudolf miró con agitación por la habitación buscando un barril. Hay que hacer rodar sobre un barril a las personas que... no, no; eso era para los ahogados. Se puso a abanicarla con el sombrero. El método tuvo éxito, pues le dio en la nariz con el ala del bombín y ella abrió los ojos. Y entonces el joven vio que aquel era, en efecto, el único rostro que faltaba en la galería de retratos íntimos de su corazón. Los ojos francos y grises, la naricilla respingona; el cabello castaño, que rizaba como los zarcillos de una mata de guisantes, parecían el justo fin y recompensa de todas sus maravillosas aventuras. Pero el rostro estaba tristemente delgado y pálido.

La muchacha le miró con calma y luego sonrió.

—Me he desmayado, ¿verdad? —preguntó, débilmente—. Bueno, ¿quién no lo haría? ¡Pruebe usted a pasar tres días sin comer y ya verá!

—iHimmel! —exclamó Rudolf, poniéndose en pie de un salto—. Espere usted aquí hasta que vuelva.

Salió a toda prisa por la puerta verde y bajó las escaleras. En veinte minutos había regresado, dando patadas a la puerta con el pie para que ella le abriera. Con los dos brazos cargaba una colección de víveres de la tienda de ultramarinos y del restaurante. Los desplegó sobre la mesa: pan con mantequilla, fiambres, pasteles, tartas, encurtidos, ostras, un pollo asado, una botella de leche y otra de té bien caliente.

—Es una barbaridad —dijo Rudolf con petulancia—, pasarse así sin comer. Tiene usted que dejar de hacer apuestas electorales de este

estilo. La cena está lista. —La ayudó a sentarse en una silla ante la mesa y preguntó—: ¿Hay alguna taza para el té? —En el estante junto a la ventana —respondió ella. Cuando se volvió con la taza en la mano, la vio, con los ojos brillantes de arrebató, empezando a dar cuenta de un enorme pepinillo en eneldo que había hurgado en las bolsas de papel con el certero instinto femenino. Se lo quitó, entre risas, y llenó la taza de leche. —Beba esto primero —ordenó—, y luego tendrá usted un poco de té, y luego un ala de pollo. Si se porta usted muy bien, mañana tendrá un pepinillo. Y ahora, si me permite ser su invitado, cenaremos.

Arrimó la otra silla. El té encendió los ojos de la muchacha y le devolvió algo de color. Comenzó a comer con una especie de ferocidad delicada, como algún animal salvaje hambriento. Parecía considerar la presencia del joven y la ayuda que él le había prestado como algo natural; no porque subestimara las convenciones, sino como alguien cuya extrema angustia le daba derecho a dejar de lado lo artificial en favor de lo humano. Pero poco a poco, con el retorno de las fuerzas y del bienestar, sobrevino también la conciencia de las pequeñas convenciones que corresponden al caso; y ella comenzó a contarle su pequeña historia. Era una de las mil que la ciudad escucha con tedio a diario: la historia de la dependienta de comercio con salario insuficiente, mermado aún más por «multas» que van a engordar las ganancias del almacén; de días perdidos por enfermedad; y después de empleos perdidos, de esperanzas perdidas, y... el aldabonazo del aventurero en la puerta verde.

Pero para Rudolf, aquella historia resonaba tan grande como la *Ilíada* o la crisis de *Junie's Love Test*.

—Pensar que ha tenido usted que pasar por todo eso —exclamó.

—Fue algo espantoso —dijo la muchacha, con gravedad.

—¿Y no tiene usted parientes ni amigos en la ciudad?

—Ninguno en absoluto.

—Yo también estoy completamente solo en el mundo —dijo Rudolf, tras una pausa.

—Me alegra saberlo —dijo la muchacha, sin vacilar; y de algún modo complació al joven comprobar que ella veía con buenos ojos su condición de desvalido.

De repente le pesaron los párpados y exhaló un suspiro profundo.

—Me muero de sueño —dijo—, y me siento tan bien.

Entonces Rudolf se levantó y cogió el sombrero.

—Me despido. Una buena noche de sueño le sentará a usted de maravilla.

Le tendió la mano, y ella la tomó y dijo: —Buenas noches—. Pero sus ojos formulaban una pregunta con tanta elocuencia, tanta franqueza y tanto patetismo que él la respondió en palabras.

—Oh, volveré mañana a ver cómo está usted. No se librará usted de mí tan fácilmente.

Entonces, en la puerta, como si el modo en que él había llegado importase mucho menos que el hecho mismo de haber llegado, ella preguntó:

—¿Cómo se le ocurrió llamar a mi puerta?

Él la miró un momento, acordándose de las tarjetas, y sintió un repentino dolor de celos. ¿Y si hubieran caído en otras manos tan aventureras como las suyas? Con rapidez decidió que ella no debía saber nunca la verdad. Nunca le dejaría saber que él conocía el extraño recurso al que la había empujado su gran desesperación.

—Uno de nuestros afinadores de pianos vive en este edificio —dijo—. He llamado a su puerta por equivocación.

Lo último que vio en la habitación antes de que la puerta verde se cerrara fue su sonrisa.

En lo alto de la escalera se detuvo y miró a su alrededor con curiosidad. Luego recorrió el pasillo hasta el otro extremo; y, dando la vuelta, subió al piso de arriba y continuó sus desconcertadas exploraciones. Todas las puertas que encontró en el edificio estaban pintadas de verde.

Desconcertado, bajó a la acera. El fantástico africano seguía allí. Rudolf se plantó frente a él con las dos tarjetas en la mano.

—¿Quiere usted decirme por qué me dio estas tarjetas y qué significan? —preguntó.

Con una amplia y bonachona sonrisa el negro exhibió un espléndido anuncio de la profesión de su amo.

—Allá está, jefe —dijo, señalando calle abajo—. Pero me parece que llega usted un poco tarde pa el primer acto.

Rudolf miró en la dirección que indicaba y vio sobre la entrada de un teatro el resplandeciente letrero eléctrico de su nueva obra: «La puerta verde».

—Me han dicho que es una función de primera, señó —dijo el negro—. El agente que la representa me regaló un dólar, señó, pa que repartiera unas cuantas de sus tarjetas junto con las del dotó. ¿Puedo ofrecerle una de las tarjetas del dotó, señó?

En la esquina de la manzana donde vivía, Rudolf se detuvo a tomarse una cerveza y un cigarro. Cuando salió con el puro encendido, se abrochó el abrigo, se echó el sombrero hacia atrás y dijo con firmeza al farol de la esquina:

—Con todo y con eso, creo que fue la mano del Destino la que trazó el camino para que yo la encontrara.

Conclusión que, dadas las circunstancias, admite sin duda a Rudolf Steiner en las filas de los verdaderos seguidores del Romance y la Aventura.

La puerta verde

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB